

## El diálogo filosófico interamericano como un diálogo para la democracia

by Guillermo Hurtado

### English Abstract

This article examines some of the obstacles and challenges facing a philosophical dialogue between the United States of America (USA) and Latin America (AL). Among these obstacles are the language barrier, the fact that Latin American philosophy as such is usually segregated from the core of philosophical studies at American universities, the tense relationship in the U.S. between the analytic / argument centered dimension and the historical dimension of philosophy. Moreover, Latin American philosophers must avoid falling into the extremes of considering that American philosophy is the ideology of the enemy, or considering that American philosophy is the absolute model of how to do philosophy. My proposal is that one of the guiding lines of dialogue be democracy understood not simply as a form of government but as an ideal of our life together. Democratic and philosophical dialogue between the EU and AL should support the construction, in each of our countries of a more democratic and fair society.

### Resumen en español

Este artículo examina algunos de los obstáculos y retos que enfrenta un diálogo filosófico entre los Estados Unidos de América (EUA) y América Latina (AL). Entre estos obstáculos están la barrera lingüística, el hecho de que la filosofía latinoamericana en cuanto tal, generalmente es segregada del núcleo de los estudios filosóficos en las universidades norteamericanas, la relación tensa que hay en los EUA entre la dimensión problemática de la filosofía y su dimensión histórica. Por otro lado, los filósofos latinoamericanos debemos evitar caer en los extremos de considerar que la filosofía norteamericana es la ideología del enemigo, o considerar que la filosofía norteamericana es el modelo absoluto de cómo hacer filosofía. Mi propuesta consiste en que uno de los ejes orientadores del diálogo sea la democracia entendida no sólo como una forma de gobierno sino como un ideal de vida en común. El diálogo democrático y filosófico entre los EU y AL debe apoyar la construcción, en cada uno de nuestros países de una sociedad más democrática y, al mismo tiempo, más justa.

### Resumo em português

Este artigo examina alguns dos obstáculos e desafios de um diálogo filosófico entre Estados Unidos da América (E.U.A.) e América Latina (AL). Entre esses obstáculos estão a barreira do idioma, o fato de que a filosofia latino-americana, como tal, é geralmente segregada do cerne dos estudos filosóficos nas universidades estadunidenses e a relação tensa que há nos E.U.A. entre a dimensão problemática e a dimensão histórica da filosofia. Além disso, os filósofos latino-americanos devem evitar cair no extremo de considerar que a filosofia dos E.U.A. é a ideologia do inimigo, ou considerar que é o modelo absoluto de como se fazer filosofia. Minha proposta é a de que um dos eixos orientadores do diálogo seja a democracia compreendida não somente como uma forma de governo, mas como um ideal de vida em comum. O diálogo democrático e filosófico entre os Estados Unidos e a América Latina deve

apoiar a construção, em cada um dos nossos países, de uma sociedade mais democrática e, ao mesmo tempo, mais justa.

---

El propósito del *Inter-American Journal of Philosophy* es propiciar el diálogo entre los filósofos del continente americano. En ocasión de la publicación del primer número de esta revista examinaré algunos de los obstáculos y de los retos que enfrenta un diálogo filosófico entre los Estados Unidos de América (EUA) y América Latina (AL).

1.- Distingamos dos tipos de diálogo filosófico. El primero se ocupa de manera directa de algún tema o problema filosófico. El segundo considera, además de algún tema o problema filosófico cualquiera, otros elementos como el enfoque metodológico, la dimensión cultural y la posición política de los participantes en dicho diálogo. Al primero lo llamaré diálogo filosófico *estrecho* y al segundo diálogo filosófico *amplio*. Ambos tipos de diálogos son valiosos y ambos son indispensables para construir una comunidad filosófica. Sin embargo lo que me interesa en este ensayo es considerar las condiciones del diálogo filosófico amplio entre los EUA y AL.

Las dificultades para la realización de un diálogo filosófico EUA-LA no son pocas. Las comunidades filosóficas de los EUA y de AL son conjuntos muy amplios y muy heterogéneos de individuos, grupos e instituciones. No es del todo claro qué podemos entender por *la* filosofía latinoamericana, ni por *la* filosofía norteamericana y, por lo mismo, no es fácil determinar en qué podría consistir un diálogo entre ambas.

Parte del problema anterior se desprende del hecho de que AL no es una región definida únicamente en términos geográficos sino también en términos políticos, culturales e históricos. AL comprende los países del continente en los que actualmente se habla de manera predominante el español, el portugués o el francés, dejando fuera a los países en los que se hablan el inglés y el holandés (Québec no está incluida por tratarse de la región de un país mayoritariamente anglo-sajón). Esta manera de trazar las fronteras de la región responde a un viejo proyecto ideológico y, a fin de cuentas, político. El término "América Latina" fue utilizado en el siglo XIX para formular la tesis de que Francia tenía la misión histórica de defender a los países americanos de forja latina y católica de los países americanos de forja protestante y sajona.[1] Aunque este proyecto se derrumbó para siempre con la retirada de las tropas francesas de México, el concepto de lo latinoamericano se ha preservado desde entonces en el imaginario de la región (aunque no sin algunas críticas desde distintos flancos políticos y filosóficos). La permanencia de la ideología, la retórica y el imaginario latinoamericanista puede explicarse por varias razones. Una de ellas, es que el latinoamericanismo sigue siendo la expresión de un ideal de unión entre las naciones que la componen; otra razón es que, a la fecha, sigue siendo una respuesta a la influencia norteamericana en la región. Cuando los latinoamericanos se reúnen alrededor de ese concepto, lo que pretenden es distinguirse de los EUA. Es por ello que si bien puede haber todo tipo de diálogos estrechos entre filósofos de los EUA y de AL en los que este antagonismo político,

histórico y cultural sea ignorado; en un diálogo filosófico amplio no se le puede dejar de tomar en cuenta, aunque sea como un antecedente que se desea superar. Dicho lo anterior, yo insistiría en que el propósito de un diálogo filosófico amplio entre EU y AL sería ver hacia el futuro para poder superar la dicotomía histórica y entonces poder abandonar el viejo concepto de lo latinoamericano por otros más adecuados a las nuevas circunstancias. Pero mientras esas circunstancias no sean una realidad, no podemos ignorar el concepto de lo latinoamericano en un diálogo filosófico intercontinental.[2]

El diálogo filosófico entre EUA y AL le permitirá a los norteamericanos no sólo conocer mejor a sus vecinos, sino también a ellos mismos. El 15.1 de los norteamericanos son hispanos y 10.7 son hispanoparlantes; y se estima que en 2050 la mitad de los norteamericanos serán de origen hispano. Los EUA estarán cada vez más cerca de AL, simplemente por razones demográficas. Este es un hecho que debe ser objeto de reflexión de la filosofía de nuestros países.

Para lograr un diálogo filosófico amplio entre los EUA y AL, tenemos que partir de la consideración de las columnas vertebrales de sus respectivas tradiciones filosóficas. Por el lado de los EUA, esta columna está conformada por autores tan distinguidos como Ralph Waldo Emerson, William James, John Dewey y Richard Rorty. Por parte de AL, por autores ilustres como José Enrique Rodó, Francisco Romero, Leopoldo Zea y Francisco Miró Quesada. Si en vez de individuos hablamos de corrientes filosóficas; por la parte de los EUA tendríamos que destacar al Pragmatismo y, por la de AL, a la filosofía latinoamericanista (que a su vez se ha nutrido de corrientes tan diversas como el historicismo, la fenomenología, el existencialismo, el marxismo y el multiculturalismo). Seleccionamos estas dos corrientes no sólo por ser las más distintivas de ambas comunidades filosóficas, sino también porque coinciden en varios aspectos importantes como lo son reconocer su contexto histórico y cultural como relevante para su discurso y, sobre todo, en estar orientadas a la solución de problemas concretos y a la reconstrucción social. No pretendo afirmar que únicamente desde estos autores o corrientes se pueda fundar un diálogo filosófico amplio entre nuestras dos comunidades. Lo que sostengo es que es a partir de ambas que podríamos comenzar el diálogo, en todo caso, tendríamos que renovar y fortalecer ambas tradiciones para que estuvieran a la altura del proyecto.

Cualquiera que sea la manera en la que se busque plantear un diálogo filosófico interamericano, es claro que el lugar que en él ocupe la filosofía de los EUA será central. El sistema de educación superior de los EUA es el más grande e importante del mundo. En ese país hay más de dos mil instituciones de educación superior y en la mayoría de ellas se enseña filosofía. No hay otra comunidad filosófica con más integrantes, mejor nivel académico y mayores recursos económicos. A pesar de lo anterior, la estructura de los estudios y de la profesión filosófica en los EUA genera ciertos obstáculos para un diálogo amplio con la comunidad filosófica de AL. En lo que sigue esbozaré algunos de ellos.

(i) Un primer obstáculo es la barrera lingüística. A esto se suma el poco interés de las editoriales norteamericanas por traducir las obras de los filósofos

latinoamericanos. Un diálogo filosófico interamericano tendría que realizarse en más de un idioma.

(ii) En las universidades de los EUA se estudian todas las ideas y todas las corrientes filosóficas que se han propuesto en la historia de la humanidad. Pero importa mucho en qué departamento universitario se hace este estudio. La filosofía latinoamericana apenas empieza a enseñarse en unos pocos departamentos de filosofía, porque hasta hace poco se le estudiaba en otros departamentos, como los de estudios culturales, latinoamericanos, chicanos, minorías, español, historia de las ideas, religiosos, feministas, etc. Algo semejante sucede con la filosofía francesa, contemporánea que ha sido relegada a los departamentos de francés y de literatura comparada. El problema es que la filosofía latinoamericana en cuanto tal queda *segregada* del núcleo de los estudios filosóficos en las universidades.

(iii) El tercer obstáculo es la relación tensa que hay en los EUA entre la dimensión problemática de la filosofía y su dimensión histórica, o si se quiere, entre la concepción de la filosofía como una disciplina universitaria y la concepción de ella como la expresión de una concepción del mundo. Esto tiene como consecuencia que el filósofo norteamericano cae en dos extremos, o bien ignora la dimensión histórica, cultural y política de su labor, como la mayoría de los filósofos analíticos, o bien enfatiza esa dimensión histórica, cultural y política a tal grado que cae en el etnocentrismo o en un pensamiento de minorías, como es el caso de la filosofía feminista, africana-norteamericana o chicana.[3]

Veamos ahora qué debe hacerse desde la parte latinoamericana para propiciar un diálogo filosófico interamericano.

Además de aprender inglés y de conocer la filosofía que se hace en los EUA, los filósofos latinoamericanos debemos evitar caer en dos extremos. El primero de ellos es considerar que la filosofía norteamericana es la ideología del enemigo y que, por lo tanto, debe ser rechazada sin más. El segundo es considerar que la filosofía norteamericana es el modelo absoluto de cómo hacer filosofía y que, por lo tanto, debe ser aprendida, asimilada y copiada, incluso al límite de abandonar el español como idioma filosófico. La primera actitud fue cultivada durante el siglo XX, por filósofos latinoamericanistas, marxistas y liberacionistas. Por ejemplo, José Vasconcelos afirmaba que la filosofía norteamericana, *i.e.* el Pragmatismo, era un instrumento ideológico de dominación política y que, por lo tanto, tenía que combatirse con una filosofía latinoamericana que enalteciera nuestros propios valores.[4] La segunda actitud ha sido cultivada desde los años sesenta del siglo anterior entre algunos filósofos analíticos. Por ejemplo, un discurso pronunciado en 1984, Enrique Villanueva afirmaba que los filósofos latinoamericanos debían asumir con humildad su condición de aprendices.[5] La tarea que debían realizar los filósofos de AL era la de aprender y adoptar las técnicas de la filosofía norteamericana, apropiarse de sus grandes ideas y esperar a que en el lapso de varias generaciones se pudiera dialogar con los filósofos extranjeros a su mismo nivel. Estas dos posiciones extremas son expresiones de dos

maneras de entender la filosofía latinoamericana que, en otro lugar, he llamado el modelo de la autenticidad y el modelo de la modernización.[6]

Estas dos posiciones extremas a veces se manifiestan de otra manera. Se puede sostener que lo único que importa es el diálogo filosófico amplio entre los EUA y AL, porque sólo de esa manera podremos enfrentar los problemas políticos, económicos y culturales que hay entre ambas regiones; desde esta perspectiva, los diálogos estrechos serían meras distracciones académicas que pierden de vista los temas políticos y sociales centrales. Pero también se puede decir que lo único que debemos propiciar son los diálogos estrechos, porque sólo ellos son, en verdad, filosóficos; desde esta perspectiva, los diálogos amplios responden más a bien intereses políticos o culturales, que sólo tocan de manera superficial asuntos filosóficos. Mi posición es que hay que fomentar un balance entre los diálogos estrechos y amplios que se realicen entre la filosofía norteamericana y la latinoamericana. Lo ideal es que los diálogos de un tipo nutran a los de otro tipo. Lo que debemos evitar es el error de privilegiar sólo un tipo de ellos.

2.- El diálogo filosófico interamericano puede ser de muchos tipos. Sería un error determinar sus temas o sus orientaciones de una manera *a-priori*. Lo que quisiera considerar a continuación es una modalidad de dicho diálogo que me parece prometedora. Mi propuesta consiste en que uno de los ejes orientadores del diálogo sea *la democracia entendida no sólo como una forma de gobierno sino como un ideal de vida en común*. [7]

Los problemas comunes entre los EUA y AL deben ser abordados en un diálogo filosófico inspirado en el ideal democrático. Menciono algunos de los campos en los que se ubican esos problemas: las repercusiones sociales del narcotráfico; (ii) los derechos humanos de los trabajadores indocumentados; (iii) los derechos colectivos de los pueblos indígenas; (iv) la administración y protección de los recursos naturales; (v) el combate contra las epidemias. Cada uno de estos asuntos toca diversos temas filosóficos: el primero de ellos, la criminalización de prácticas privadas, el segundo, el de los derechos humanos, el tercero, el de la reparación de injusticias históricas, el cuarto, el de la ética ecológica y el quinto, el de la ética de las pandemias. En los casos del narcotráfico y de la inmigración es fundamental evitar las falsas soluciones unilaterales y, sobre todo, las de corte militar. En los de los recursos naturales y las epidemias, nos encontramos con asuntos que trascienden las fronteras de los estados nacionales. En todos estos problemas, su solución o, por lo menos, su manejo adecuado, requiere de acuerdos entre las naciones involucradas. Pero en vez de las soluciones diplomáticas, sería preferible alcanzar otras más profundas que fueran el resultado de un diálogo democrático. La idea es ésta: los problemas antes mencionados involucran cuestiones morales como los derechos individuales de los trabajadores emigrantes, los derechos colectivos de las comunidades indígenas, el derecho social a los servicios de salud, etc. Más que soluciones negociadas por políticos profesionales, pienso que lo que deberíamos buscar son decisiones colectivas basadas en valores e ideales comunes. En otras palabras, lo que se buscaría es que América, el continente entero, fuese no sólo un *territorio compartido* por un número de naciones y pueblos, sino un *espacio público* inspirado en valores morales comunes y

en ideales sociales compartidos. Es mi convicción que un diálogo filosófico interamericano puede propiciar la creación de dicho espacio público.

En el siglo XIX, los EUA fueron la inspiración de los reformadores latinoamericanos. Admiraban de los EUA su defensa de la libertad humana, el progreso material de su sociedad y, sobre todo, su sistema democrático. Domingo Faustino Sarmiento lo decía así: “Alcancemos a Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos.”[8] Frente a este grupo, había otro que defendía los antiguos valores coloniales: la autoridad de la iglesia, la defensa de los fueros por encima de los derechos individuales e, incluso, la reinstauración de la monarquía. Para este grupo, los Estados Unidos no eran un modelo a seguir, sino una amenaza terrible para la identidad cultural y la integridad territorial de las naciones de AL. La historia de AL en el siglo XIX está marcada por la lucha entre estos dos grupos. El caso de México es particularmente revelador de la dialéctica que se generó entre ellos. Cuando los EUA ocuparon México, los liberales que pretendían convertir a México en una sociedad moderna siguiendo el modelo de sus vecinos del norte, se dieron cuenta que tenían que defenderse de quienes ellos buscaban emular. Y cuando los conservadores que añoraban el viejo régimen colonial se dieron cuenta de que la única manera en la que podían alcanzar el desarrollo material de la sociedad era mediante las instituciones políticas, legales y económicas de los EUA, fue claro para ambos bandos que tenían que encontrar un término medio entre sus posiciones originales.[9] A finales del siglo XIX todos los países de AL asumen el proyecto del desarrollo paralelo de la democracia liberal y del capitalismo de libre mercado. Pero, al mismo tiempo, en todos ellos se comparte una inquietud ante el expansionismo y el intervencionismo de los EUA (no se olvide que en 1898 EUA ocupa Cuba y Puerto Rico).

Este consenso político latinoamericano entró en crisis con el estallido de la Revolución mexicana en 1910. La Revolución mexicana fue un movimiento popular que incorporó al imaginario latinoamericano una nueva aspiración colectiva: la justicia social. A partir de entonces la democracia en AL toma una ruta diferente de la democracia en los EUA, mientras que en los EUA la democracia toma normalmente como sus dos valores centrales a la libertad y a la igualdad, en AL se adopta, además y, en ocasiones por encima de las dos anteriores, a la justicia social. El reto, por supuesto, es el de cómo equilibrar la búsqueda de la libertad con la búsqueda de la justicia social, pero esto fue un reto asumido con plena conciencia por los reformadores latinoamericanos. La Revolución mexicana aspiró combinar la lucha por la democracia y la defensa de los derechos individuales con la instauración de un Estado fuerte que garantizara la justicia social en los campos de la propiedad, el trabajo asalariado, la educación, y la salud, y todo esto con una ideología nacionalista que rechazaba con firmeza cualquier intervención extranjera, viniera de donde viniera. Sin embargo, la Revolución mexicana nunca abandonó el principio de la democracia representativa, aunque en los hechos no siempre la respetó.

El camino abierto por la Revolución mexicana a principios del siglo XX fue seguido por otros movimientos sociales en AL como el Aprismo en el Perú o el Justicialismo en la Argentina, por mencionar sólo dos de ellos. Una característica de

estos movimientos, es que se constituyeron en partidos políticos que ganan y pierden elecciones libres. Un riesgo siempre latente del proyecto latinoamericano de conciliar la democracia con la justicia social es que por privilegiar a la segunda se debilite a la primera, pero el riesgo más serio es que por  *fingir*  de manera populista apoyar a la segunda, se  *atropelle*  a la primera. Más allá de los peligros conocidos de este proyecto político latinoamericano de conciliar la democracia con la justicia social, en los EUA no siempre se ha entendido la dimensión democrática del modelo. En no pocas ocasiones, los gobiernos de EUA apoyaron golpes militares en contra de gobiernos democráticos que intentaban poner en práctica políticas sociales. Esto tuvo como consecuencia que así como en el siglo XIX, los EUA fueron el modelo de la democracia en AL, en el siglo XX se los viera como un enemigo de la democracia en AL o, por lo menos, del proyecto de la democracia social latinoamericana. Para que esta impresión cambie —es momento ya de que así sea— el diálogo democrático y filosófico entre los EU y AL debe apoyar la construcción, en cada uno de nuestros países de una sociedad más democrática y, al mismo tiempo, más justa.

En la actualidad todos los países de AL, excepto Cuba, tienen regímenes democráticos y esto nos brinda una extraordinaria oportunidad para organizar un diálogo interamericano sobre este tema. Una condición para la realización de dicho diálogo es que sea democrático y esto significa, entre otras cosas, que ninguno de sus participantes se atribuya la verdad absoluta acerca de cómo debe la sociedad organizarse a sí misma. Las democracias de AL están muy lejos de ser perfectas y padecen problemas gravísimos como la corrupción, el autoritarismo y el populismo. Pero la democracia en los EUA tampoco es perfecta y padece de otros problemas no menos graves como la plutocracia, el militarismo y la influencia excesiva de los medios. Me parece, además, que en EUA como en AL existe la impresión compartida entre los ciudadanos de que el sistema democrático ha degenerado en un negocio privado de los partidos políticos y de los políticos profesionales.

Para iniciar el diálogo interamericano que propongo debemos partir del supuesto de que todos tenemos algo que aprender de las experiencias sociales y de las filosofías de cada uno. Pensemos en América como un ideal de vida en común que aún está por construirse. Hagamos de la América un espacio de la democracia. Seamos, de esa manera, todos americanos.

---

[1] Véase, John Phelan, “El origen de la idea de Latinoamérica,” en Leopoldo Zea (comp.), *Fuentes de la cultura latinoamericana*, vol. I (México: Fondo de Cultura Económica, 1993).

[2] Podría argüirse que si se adopta el *cosmopolitismo* como el punto de partida del diálogo entre la filosofía latinoamericana y la norteamericana, podría superarse la oposición histórica a la que me he referido. Sin embargo, me temo que un diálogo de este tipo no sería análogo al que considero aquí, y, sobre todo, no sería un sustituto de éste. Mi posición es la de plantear un diálogo filosófico entre EUA y AL que tome como punto de partida, sin ningún tipo de simulación, la oposición histórica que he

descrito arriba, para que por medio de un proceso dialéctico pueda superarlo en un momento posterior y pueda, entonces, replantearse de otra manera.

[3] Dentro de la comunidad filosófica norteamericana hay un grupo de académicos de origen latinoamericano que han reflexionado sobre este asunto. Entre ellos, podemos mencionar a: Jorge Gracia, Walter Mignolo, Susana Nuccetelli, Linda Martín Alcoff, Eduardo Mendieta y Gregory Pappas. Sin la colaboración de este grupo será muy difícil impulsar un diálogo filosófico interamericano. Sin embargo, encuentro dos peligros que creo que deberían evitar los miembros de este grupo. El primero es proyectar su situación particular de miembros de una comunidad trans-identitaria a los latinoamericanos que viven en AL. El segundo es ignorar el discurso latinoamericanista y suplantarlos por versiones del pensamiento post-moderno y descolonizador de moda en los círculos académicos norteamericanos.

[4] Véase, por ejemplo, el primer capítulo de su *Ética* (Madrid: Aguilar, 1932).

[5] Véase, Enrique Villanueva (ed.), *V Simposio Internacional de Filosofía*, vol (UNAM, 1992), 12.

[6] Véase, Guillermo Hurtado, *El búho y la serpiente* (México: UNAM, 2007).

[7] Por el lado de la filosofía norteamericana esta noción de democracia ha sido propugnada, entre otros, por John Dewey; por el lado de la filosofía latinoamericana por Antonio Caso y Luis Villoro, entre otros.

[8] Domingo Faustino Sarmiento, "Conflicto y armonía de las razas en América," incluido en Leopoldo Zea (comp.), *Fuentes de la cultura latinoamericana*, vol. I (México, Fondo de Cultura Económica, 1993), 411.

[9] Este análisis sigue de cerca el ofrecido por Emundo O'Gorman en su obra *México: el trauma de su historia* (México, UNAM, 1977).